

Búsquedas, miradas, sentidos: autoetnografía en la ciudad de México

José Luis Anta Félez

Área de Antropología Social, Universidad de Jaén, España

RESUMEN: La ciudad de México se presenta a sí misma como una enorme sucesión de imágenes sobrepuestas, donde las dimensiones espacio-tiempo se diluyen ante la avalancha constante de propuestas, superpoblación, tamaño y diversidad. Este trabajo es la autoetnografía —la cual también intenta, obviamente, proponer, legitimar y justificar— del paseo realizado por esta ciudad en la búsqueda de un lugar donde fuera posible realizar una fotografía representativa de ella misma. En el recorrido por la ciudad, sus tiempos son retratados en la medida que ésta impone ciertos itinerarios, ritmos y formas de visualización. De ahí que todo sea cuestión de pasear, dejarse arrastrar, desde el tópico hasta el cansancio, para llegar a ciertas conclusiones que no son sino premisas del encuentro, de las posibilidades y de las fronteras que plantea la ciudad a cada uno de sus usuarios.

ABSTRACT: Mexico City shows itself like an enormous succession of superimposed images, where the space-time dimensions become diluted before the constant avalanche of proposals, overpopulation, size and diversity. This form of work is the Autoethnography —which also attempts, obviously, to propose, legitimate and justify— of the stroll through this city in the search for a good place to make a representative picture of the city. In the journey around the city, its times are depicted insofar as it imposes certain itineraries, rhythms and visualization forms. Whether it is a stroll or just letting oneself to crawl, going from the topic to the fatigue, all that matters is to reach certain conclusions that are undeniable premises of the encounter, of the possibilities and frontiers that the city presents to each one of its users.

|

En este artículo se trabajará en dos territorios al mismo tiempo. Uno será inductivo, el de la autoetnografía, una metodología que trata de hacer notar las posiciones y las vivencias del antropólogo mientras desempeña su trabajo de campo [Charmaz, Mitchell, 1997; Coffey, 1999; Ellis, 1999; Sparkes, 2001, 2002b]. El punto de partida es que un antropólogo es primero un observador que hace patente su realidad en la escritura, sea en sus cuadernos de campo o más aún en sus presentaciones. De manera que se toma la escritura como

elemento de ficción, en el que los diferentes niveles de acercamiento, empatía, observación y propuestas de escritura, dan como resultado un entendimiento de cómo es la realidad para el antropólogo.

La autoetnografía se sitúa entre los momentos de la antropología de la *reflexibilidad*, aunque obviamente no está reñida con los ejemplos clásicos que proporciona el trabajo de campo, ni mucho menos con elementos paralelos como la *dialogía* o el punto de vista de los nativos.

En última instancia, la autoetnografía tiene mucho de lo que la antropología siempre ha pretendido alcanzar, esto es, conseguir un acercamiento al otro y comprenderlo, pero también conseguirlo respecto de sí misma. De hecho, la autoetnografía es un ejercicio permanente una vez superada la etnografía, simplemente difiere de la descripción etnográfica en cuanto hace énfasis en la mirada del antropólogo hecha ficción cuando presenta sus datos de campo. Tal ficción no sólo tiene niveles, sino que, además, es entendida en la medida en que recrea la *reflexividad* sobre cómo se elige una forma concreta de paráfrasis lingüística a la hora de hacer la interpretación cultural de los otros [Sparkes, 2002b:5-8]. Este sentido ya había sido abordado antes en otras disciplinas como la crítica literaria, la cual partía de los textos como documentos de ficción y autobiográficos, capaces de poner lo social en contexto.

Era evidente que la antropología, presentada como una forma de hacer escritura, de analizar, deconstruir, crear y recrear textos, no tardaría en llegar a estos derroteros. Pero, además, ¿qué podía ser más realista que tomar el propio trabajo de campo como una experiencia o, como propone Rabinow, una suerte de experimentación? No sólo es preciso tomar en consideración el sesgo del antropólogo, sino, sobre todo, reflexionar profundamente la etnografía que uno mismo hace, toma y observa.

La segunda parte del artículo es una exploración por el territorio, elaborada en una manera deductiva. A la manera más descriptiva posible, se visita la ciudad de México, o digamos más bien que se pasea por ella. En este sentido, mi interés es descubrir los posibles itinerarios de la ciudad. Se ha dicho ya tanto acerca de esta ciudad, que casi cualquier acercamiento resulta provisional y poco original (se entenderá, por lo tanto, lo limitada que es la bibliografía específica citada en este trabajo).

En consecuencia, me centraré en seguir mi diario de campo en la búsqueda de los recorridos que he realizado, para decir en qué medida es abordable la ciudad, cómo nos enfrentamos, tanto los etnólogos como los antropólogos, a lo que sabemos, a lo que queremos conocer, y cómo impacta en nosotros la

información que hemos recibido en forma de tópicos. En última instancia, es verdad que tendríamos que contestar qué es la ciudad, aunque lo más que obtendremos serán algunos porqués. Asimismo, de alguna manera resultaría interesante aspirar a conocer a quienes la habitan, a esos otros diferentes, y a lo más a mostrar algunas paradojas, algunas cosas que llamen más la atención y que, por chocantes, pueden resultar más descriptivas.

Totalizar es un intento que queda lejos, lo cual se hace más evidente si nos planteamos una ciudad como la de México (hoy por hoy el intento más serio, aunque siempre provisional y parcial, es la compilación de García Canclini [1998]). Por el contrario, el actual debate sobre dicha ciudad se centra en ciertas miradas que —no podía ser de otra manera— están muy alejadas de estos intereses y que tienen que ver, primero, con su ejercicio racional funcional, con la política y con los servicios otorgados al ciudadano [Gordon, 1998], por otro lado, el debate se centra en la idea de la ciudad globalizada [Marcuse, Kempen, 2000; Parnreiter, 2001; Tamayo, 1999, 2001], lo que además parece ser uno de los puntos fuertes de la agenda de cierta antropología en los años venideros. Ante todo esto mantengo cierto grado de escepticismo, simplemente porque el debate de los sentimientos, obviado en estos trabajos, es demasiado real como para que no se aplique también a esta ciudad.

Quiero dejar claro que el presente trabajo es una aproximación a algunas experiencias sobre el terreno, resultado del paseo y que, consecuentemente quedaron reflejadas en un cuaderno de campo. Obviamente el trabajo tiene algo de tópico, de ficticio, incluso de cinematográfico (es la toma anecdótica, el montaje sobre el argumento, la presentación en apariencia terminada). Pero nada más lejos de la intención. Se trata de esa suerte de experimentalidad en la búsqueda de la ciudad, de cómo la presentamos ante los demás y cómo convivimos con ella. Así, la ciudad es gente, pero también son lugares, movimiento y tecnología. Este estudio es eso mismo: la experiencia del otro, yo mismo, ante la extrañeza del nosotros. Es un intento de ofrecer a los propios habitantes de la ciudad de México un recorrido desde la perspectiva del *otro*, el turista, el antropólogo, con la sana intención de mostrarnos, de enseñarnos e intentar salvar la memoria viva de lo que hacemos, y de cómo los actores lo significan y le dan validez.

Quizá sea egoísta y etnocéntrico intentar mostrar a los demás como los ven los otros, pero también hay un intento de reflexión de la que surgen varias preguntas: ¿Qué es la ciudad? ¿Cómo hacemos válido lo que vemos?

¿Podemos mostrar lo que hemos visto? ¿Qué hacemos? ¿Qué nos diferencia a los antropólogos de los turistas, de los periodistas o de los documentalistas cuando nos ponemos delante de ese conglomerado humano que es la ciudad?

La Escuela de Chicago lo había expresado en la primera mitad del siglo xx: la ciudad es un territorio de movilidades constantes. Se sobreentiende que a la ciudad no la conforma su fisonomía arquitectónica ni únicamente su trazado urbanístico, sino la gente que recorre su espacio [Delgado M., 1999]. Esta particular manera de recorrerla, en forma de movimiento constante de anonimato, le confiere su idiosincrasia. La ciudad se conformaría, desde este punto de vista, en una doble perspectiva: como territorio en el que interactúan diferentes individuos con un cierto sentido simbólico —que no sólo una funcionalidad— de una esfera política (ideológica) y otra civil —lo que daría lugar a una simbiosis entre el ciudadano y el consumidor—, y como un territorio *rhizomático*, haciendo eco de idea de Guattari y Deleuze acerca de diversos planos en una red autorreferente, autopoietica y descentralizada: la *aglomeración existencial*. La ciudad deja de ser un lugar geográfico para empezar a ser un espacio de múltiples posibilidades en movimiento, donde los individuos se diluyen en su propia dimensionalidad. Vivir en una ciudad es un intento de habitarla, de apropiarse de sus símbolos y, sobre todo, de su territorio, para conseguir una afirmación de que existe la capacidad de moverse. Este movimiento le confiere cierta idea de caos que no es más que un acoplamiento constante entre la ceremonia y el ritual, entre las diferentes posibilidades que ofrece la red. Los poderes públicos intentan urbanizar la ciudad, pues ésa es su misión: imponer un orden. La misión de los ciudadanos es acatar tal orden o buscar nuevas maneras de mirarlo, de pensar *nuevos órdenes* [Signorelli, 1999]. De la tensión entre ambos puntos nace la ciudad que tiende hacia el orden absoluto, eso que llaman la visión urbanística. Quizá por ello la ciudad sólo es observable en aquellos puntos oscuros en los que el orden y el caos conviven: en su callejones, en los muros llenos de *graffiti*, entre los vendedores en las aceras o en la forma en que se pasea a los perros.

El resultado de la idea de formar a la ciudad como territorio, donde las tensiones no son solamente ejercicios caóticos y violentos, sino que también expresan las ideas conformadoras de la modernidad (con todas sus aspiraciones y fracasos), no podemos más que entender ciertos recorridos, una serie de itinerarios dentro de la amalgama de redes superpuestas, el *rhizoma*. La ciudad es necesariamente la conformación de la idea de constante movimiento, de constante cambio, en la que es prácticamente imposible ocupar un mismo

sitio, tener una misma identidad, en toda su conformación. O quizá ésa sea su clave, la falta de una única identidad y la conformación de múltiples identidades, en constante movimiento, en múltiples planos a la vez. La ciudad deja de ser una reunión (urbanización) para empezar a ser el soporte de la red, es decir, para convertirse la red misma [Castells, 1995]. Los individuos dejan de tener una identidad única porque la ciudad conforma un territorio plenamente público donde la privacidad y la intimidad quedan diluidas en el ejercicio del movimiento. Pero es un territorio público en la medida que el decorado urbano convierte a la ciudad en el atrezo de una obra teatral, donde la gente recorre su territorio como espectadora y como actriz. La ciudad es el marco del espectáculo contemporáneo, un teatro donde es prácticamente imposible evitar las miradas, de ser observado, pero donde también resulta inevitable mirar y observar a los demás: es el ojo que se ha de mirar. La ciudad hace público lo íntimo, obliga a los individuos a referencializarse, a decirse algo entre sí, para diluirlo automáticamente en el territorio de lo *público*, lo anónimo y lo teatral.

Se puede decir que se ha ido a tal o cual ciudad y que se ha visto, o acaso que sólo se ha visto el decorado. Se puede decir que es posible ver una ciudad si sólo es un soporte de lo público. Es más, se puede ir *ex profeso* a una ciudad a pasear por sus calles cuando los itinerarios son casi infinitos, y uno se relaciona con los demás en la medida en que se es un espectador al que todos miran. El turista, el extranjero y el otro son, en cualquier ciudad, un *ciudadano* más de esa ciudad, lo cual se acentúa si entendemos que existe una relación directa entre el ciudadano y el consumidor. No hay ciudad sin otros recorriéndola, pero tampoco hay ciudad sin recorrido para los otros y para los nuestros. Lo importante es que haya movimiento, que sea público en forma de redes superpuestas y que se asuma el papel anónimo de observador-observado. Si la ciudad es esta red pública y teatral (a la manera de Goffman), su tendencia no puede ser más que hacia la transparencia, como un cuarzo: una forma reconocible en un haz que tiende al caos, en elementos compactos y transparentes, que se arremolinan entre sí formando un fractal.

||

A diferencia de otras ciudades del mundo, la ciudad de México ha terminado por fagocitar su aeropuerto, el cual está ubicado en la actualidad en la mitad de la ciudad, incluso muy cerca del llamado "casco histórico". Tal detalle es importante para el visitante. Es verdad que otras ciudades del mundo permiten visualizarla cuando uno se aproxima a ellas desde el aire. En

Buenos Aires el viejo Aeroparque está en el centro, pegado al Plata, pero sólo lo utilizan quienes hacen vuelos interiores, aquéllos que reconocen la ciudad. Cualquier aeropuerto de la ciudad de París obliga a los visitantes a conocer la ciudad, aun si uno no lo quisiera, aunque más bien lo que ve son los elementos reconocibles: el Sena, el Panteón, la Torre Eiffel y, sobre todo, Sacre Coeur. No obstante, no se ve una ciudad, más bien se reconoce el entramado urbano en una suerte de postales de edificios y accidentes geográficos. Algo parecido pasa con algunos aeropuertos (La Guardia, por ejemplo) de Nueva York, que permiten identificar la Gran Manzana, que no la ciudad misma.

En casi todos los casos, los aeropuertos están alejados de las ciudades, y sólo los polígonos industriales que los rodean brindan una idea de la urbanización. Pero no ocurre así con el aeropuerto de México, D. F. La ruta de aproximación de los aviones al aeropuerto los lleva a éste lentamente sobre la ciudad, y durante un buen rato se sobrevuela la ciudad a escasa altura, dando una perspectiva de que la ciudad se pierde hasta el horizonte, una sensación que se ve agigantada por la polución que cubre, rodea y perfila toda la ciudad (una reflexión parecida se encuentra en Feixa [2002:111]). Es importante recalcar que esto pasa al llegar, cuando por un minuto el avión parece un lugar privilegiado para mirar la ciudad, aunque en realidad no permita casi reconocer nada; la ciudad se muestra como la mega-polis que es (aunque en lo personal no estoy de acuerdo del todo con este término, por geográfico, psicológico y obvio). Es verdad que, en líneas generales, esto ocurre también con los aeropuertos californianos, pero la diferencia es que en estos la ruta de aproximación no pasa en forma tan exagerada sobre la ciudad y, como ocurre en Los Ángeles o en Irvine, más que dar la idea de sobrevolar una ciudad, parece más que se vuela sobre una serie de pueblos interconectados. Claro que éstas son sensaciones desde la estrecha mirada de la ventanilla de un avión porque, por encima de toda consideración, la idea de una ciudad de cuarzo, *rhizomática* y tensionada, corresponde obviamente a Los Ángeles [Davis,1992].

En el caso de México la sensación, además, cede el paso a su realidad: es una ciudad con más de 20 millones de personas —hay demógrafos que dicen que ya son 30 millones, aunque en cualquier caso esto es sólo un número—, en donde las estadísticas son tan escandalosas que se convierten en lugares comunes. En una ciudad con tales proporciones todo es posible, a veces hasta realizar mediciones sobre ella. Si entendemos que las dos tendencias básicas

que estructuran la ciudad (se podría decir que cualquier ciudad) son su enorme potencial de violencia y su desmesurada capacidad para recrear procesos culturales, estamos ante una nueva forma de ver la ciudad. La ciudad deja de ser un espacio, para adoptar la idea de que ésta es un territorio para la interacción. En este sentido, lo importante ya no es ver cómo se organiza la ciudad en función de determinados espacios interrelacionados, sino más bien en función de *lugares*, es decir, sitios donde ocurren cosas. Quizá por ello la calle cobra una fuerza especial, porque en ella se dan gran parte de esas vivencias, pues la ciudad toma su personalidad de ellas.

En una ciudad como la de México la calle es un elemento central, donde ocurren cosas continuamente y sus habitantes lo toman en varios sentidos, donde la movilidad, el intercambio y el encuentro son una constante. Pero la ciudad es también de manera simbólica, una recreadora de imágenes, de lugares comunes, de tópicos si se quiere, que refuerzan la personalidad de dicho lugar. Como antes se expresaba, el aparato simbólico está relacionado con la violencia por un lado y, por otro, con la gestión cultural. Ambos aspectos están presentes en la ciudad de México: en ella hay cientos de museos, exposiciones, obras de teatro y diferentes actividades lúdicas que van de la mano con una violencia a flor de piel; de hecho, es casi imposible vivir en la ciudad sin tener presente la alarmante cantidad de atracos, violaciones y muertes que se dan en todos sus rincones.¹

Uno de mis informantes me contaba que él acudía al cine con un cierto temor, pues ya le habían atracado dos veces. En efecto, ir al cine supone un riesgo, pero aunque este acto se realice con reservas y con un sentimiento de inseguridad, esta actitud y emoción no siempre corresponden con la realidad, sino más bien con un *estado de cosas* promovido por cierta naturaleza del prejuicio y por la visión negativa que constantemente ofrecen los medios de comunicación. Salir a la calle es significativo porque se sale para hacer cosas, muchas de ellas relacionadas con tareas más o menos cotidianas (trabajar o hacer compras), pero también para aprovechar la oferta cultural propia de una ciudad. De hecho los propios ciudadanos de la ciudad de México se mues-

¹ Soy consciente de que este tipo de afirmaciones tienen algo de gratuito y mucho de un tópico y estereotipo negativo. Nada más lejos de mi intención, pues el tema es muy complejo y no se puede reducir a o sensaciones personales, mucho menos a un análisis utilizando los medios de comunicación. Aun así, mi intención en este trabajo es otra: observar que el potencial violento de una ciudad como la de México no es si no la cara oculta de una realidad de constantes interacciones, estrategias por el dominio del espacio y situaciones de asimilación y marginación social [v. Giglia, 1998:153 y s].

tran más orgullosos que nadie por la variedad, cantidad y calidad de la oferta cultural de la ciudad. Pero, como es obvio, para aprovechar esa oferta hay que salir a la calle, que también ofrece la imagen de la ciudad violenta y peligrosa.

Ambos aspectos van de la mano, no se puede ir a un cine o a un museo, cualquiera que éste sea, sin que exista la enorme posibilidad estadística de ser atacado o robado. A su vez, uno es atacado y robado porque va a los museos. Estos aspectos, y otros relacionados, provocan tensión en la vida interior de la ciudad, concediéndole una vitalidad fuera de lo común. Pero también hay que reconocer que todo esto tiene lugar en un territorio donde la convivencia se da en una forma multicultural y *rhizomática*, lo que establece que gran parte de las cosas se muestran de forma tipificada, en el mejor de los casos, y normalmente las interacciones, encuentros y miradas forman parte de un enorme mar de tópicos que, si bien ayudan a situarse ante los posibles escenarios que se suceden de forma continua, también hacen de la vida cotidiana un mundo muy pequeño, de certezas nunca demostradas ni vividas.

La ciudad de México ha cambiado radicalmente en los últimos 30 años. De ser una gran ciudad ha terminado por convertirse en la mega-polis que es hoy. Esto es significativo en otro aspecto, el cambio de una ciudad explicable según la idea de centro-periferia a, por un lado, lo que llaman la *nueva centralidad*, y, por otro lado, al establecimiento de una ciudad red [Delgado J., 1994; Nieto, 1998:235-277; Nieto y Nivón, 1993:67-77; Nivón, 1998:215-217]. Esto lo pone de relieve Oscar Terrazas [2000] en un estudio de los datos referidos a ciertas actividades urbanas: en cuanto al uso y los precios del suelo, el mercado inmobiliario, la localización de las instituciones financieras, económicas y culturales y el tráfico rodado, ocurre que desde los años ochenta el sistema urbano de México ya no está determinado por el Centro Histórico, el centro financiero y un crecimiento periférico radial, sino que se ha desarrollado una nueva centralidad. Ésta se ha realizado a partir de los ejes de la *metropolización*, los cuales llevan las actividades centrales desde el centro hasta diversos puntos de la periferia. Se puede identificar, en consecuencia, una forma bidimensional compuesta de ejes, que constituye una amplia red con diversas jerarquías territoriales y funcionales (en la medida que tienen sentido), que a su vez se articulan con centros comerciales y nodos de servicios. En México estos lugares son el Paseo de la Reforma, la colonia Polanco, el polígono industrial de Santa Fe y el nodo Insurgentes Sur/Periférico Sur. Estos espacios muestran diferentes funciones estructurales y globales de la ciudad de México [Parnreiter, 1998:28].

Es evidente, como queda claro después de cualquier paseo por la ciudad, que el Centro Histórico todavía es un espacio de servicios administrativos, importante incluso para el comercio ambulante. Pero lo importante es que todo ello ha reducido su importancia en la *nueva centralidad*, que cada vez se entiende más en la medida que es un territorio de movilidades constantes. De hecho, como ponen de relieve Tamayo y Wildner [2002], el Centro Histórico, a su manera, conserva la función simbólica de la identidad de los mexicanos; tampoco podemos olvidar que en el Centro Histórico se desarrolla la vida de la familia Sánchez, con todo lo que esto pueda significar para la antropología. Pero esta identidad es una reconstrucción bastante parcial de lo que representan los poderes mexicanos: un cierto grado de inmovilidad frente al ejercicio ciudadano que mantiene un constante movimiento, de entender la ciudad como un territorio por el que se mueven. Es evidente que esto ha provocado tensiones constantes entre los poderes públicos y los ciudadanos por el uso y disfrute del espacio del Centro Histórico [Monnet, 1995; Reyes, Rosas, 1993:297-319].

Aún así, no sería raro que alguien dudara que en la ciudad de México existen varios centros. La idea de que la gente vive en función de centros es demasiado poderosa como para abandonarla [García Canclini, 1989]. Pero la idea de que en una ciudad como la de México exista un centro es, a su vez, una enorme fatalidad. Aunque sólo sea porque es imposible tener centros en un lugar donde viven más de 20 millones de personas. Por el contrario, los habitantes de la ciudad tienden a entenderse de múltiples maneras en un ejercicio constante de movimiento. No es nada raro, por ejemplo, ver a la gente comiendo en la calle, en el Metro o en el autobús. El acto de comer deja de asociarse a un espacio para imponerse sobre el tiempo. Se gana tiempo si se aprovechan los espacios intermedios entre un lugar y otro en los recorridos. En ese sentido, la ciudad se plantea como un lugar que se mide en tiempo. La ciudad de México, como otras muchas mega-polis del planeta, se mide en función del tiempo, el cual es, necesariamente, una parte de la movilidad [Ward, 1991]. La gente no sólo se mueve en función de un espacio, lo hace, sobre todo, dando significado al tiempo. Para muchas familias ir al parque de Chapultepec los sábados por la tarde no es una actividad que se haga en función del recorrido, pues la mayoría de las veces esto supone recorrer distancias que echarían para atrás al más pintado; más bien todo se hace en función del tiempo que requiere ir de un sitio a otro. Una ciudad así no puede ser entendida más que como una suerte de muelle, donde las distancias y los lugares se alargan y

encogen según la velocidad a la que podamos ir. Pero, además, este muelle se alarga o encoge según una percepción que tiene mucho que ver con el transporte; en consecuencia, la movilidad establece el verdadero mapa de la ciudad.

Se puede decir, sin lugar a dudas, que la urdimbre de la ciudad de México es el Metro. Siendo así, este sistema de transporte se convierte en un elemento determinante para la vida ciudadana, ya que la gente depende de él para desplazarse de un lugar a otro. No obstante, la ciudad no es su Metro.

El Metro, a la vez que constituye una ciudad por sí misma, es un reflejo distorsionado de lo que ocurre arriba, un recreador de la verdadera red que hay unos metros por encima de él, el intercomunicador de la movilidad auténtica que es la ciudad. El Metro es, acaso, una enorme excusa o, como ya estableciera Marc Augé [1987] para el Metro de París, un evocador que, por medio de su capacidad de recrear imágenes infinitas, nos permite zambullirnos en lo que una sociedad piensa de sí misma o nos quiere mostrar. Probablemente el metro da la idea de una tercera dimensión de la ciudad de México: la dimensionalidad del espacio. Esto es así, primero, porque éste es el soporte de gran parte de la movilidad de la ciudad. En segundo lugar, porque reagrupa a los individuos en torno de una misma actividad y un mismo espacio: en última instancia, hablamos de una sociedad que tiene muy pocos espacios para el encuentro interclases y, mucho menos, para determinar quién es quién. En la ciudad, los edificios ante todo, hacen evidentes las diferencias, y habitar o trabajar en uno u otro establece quién es quién, pero en el Metro se pierden las diferencias y los individuos se igualan en una suerte de movilidad ciudadana, casi caótica, completamente frenética. Pero esta supuesta democracia es una de sus falsedades, porque aún así el Metro es sólo de unos determinados individuos: una clase media empobrecida que cada día que pasa tiene que desplazarse desde más lejos.

Por último, el Metro es una acumulación constante; en él, el espacio se reduce hasta el último momento, el lugar dejado por alguien es automáticamente ocupado por otra persona. Esta multiplicidad de los elementos a introducir, o esperando a ser introducidos, cuando se trata de un espacio, es parte de una constante de la ciudad, que ve este recurso multiplicado en las barriadas con las casas, en las calles con los coches, en las aceras con los peatones o en los puestos de los mercados. Todo espacio ha de ser inevitablemente ocupado, culturizado, hasta que sólo quede una especie extraña de laberinto por el cual moverse, lo que exige en definitiva unos conocimientos, unas reglas, un ritual, que determinan el quién y el cuándo. Esta falta aparente de espacio donde moverse tiene una consecuencia directa, porque nunca cualquier cosa

está sola. Ni las cosas ni las personas ni las ideas pueden habitar espacios propios, lo que marcaría una clara diferenciación entre el centro y la periferia, daría unas determinadas funciones al espacio. Muy por el contrario, este espacio es sólo contenedor de diferencias, según momentos, según lugares, a lo más un evocador. Pregunta Carlos Monsiváis [1995:111-113], para quien el Metro de la ciudad de México es su más fiel reflejo, casi clónico:

¿Cómo no ser pluralista si el viaje en el Metro es lección de unidad en la diversidad? ¿Cómo no ser pluralista cuando se mantiene la identidad a empujones y por obra y gracia de los misterios de la demasia?

Pero un espacio así no permite la extrañeza porque, en última instancia, separarse para verla es ver cómo es ocupado el espacio intermedio. De hecho, los muralistas mexicanos (Siqueiros, Rivera, Orozco) lo han expresado mejor que nadie al acumular sobre un espacio plano figuras que se superponen entre sí, hasta ocupar todo el espacio disponible, pero estas figuras son sensibles en la medida que nosotros, como espectadores, podemos separarnos de la escena, recrear una distancia, una diferenciación, pero la realidad en la escena es que las figuras no se pueden ver porque no existe suficiente distancia para diferenciar las fronteras que las separan. La ciudad de México es una aglomeración en movimiento, que a fuerza de superposiciones ha terminado por cerrar la puerta a lo extraño.

III

Y ahí estoy yo, un extraño en una ciudad como la de México. Soy extraño en la doble acepción del término, porque por un lado soy, ante los actores sociales, una persona que no pertenece a *su* mundo y, por otro lado, porque también para mí las cosas son diferentes. El trabajo del antropólogo, queremos creer, permite tener una visión privilegiada, y de hecho así ocurre cuando las estadías son largas y continuadas, cuando somos capaces de terminar por entender las mecánicas sociales. Pero en una ciudad como la de México dicha visión se torna difícil y compleja, y llegar a una observación profunda y realista es también muy difícil y complejo. Es más, el antropólogo fuerino no puede pasar de ser un turista con ciertos principios de complejidad, en tanto que la ciudad, evidentemente, se resiste a pasar de ser una colección enorme de tópicos, a los cuales sólo se puede arañar en una manera poco realista.

En muchos casos, los datos no dejan de ser una colección de anécdotas, que pueden ser muy significativas, pero que no pasan de ser percepciones

muy simplistas. Un ejemplo-anécdota-tópico lo representa la clara diferenciación entre la plaza de Coyoacán y el Zócalo; mientras que en la primera nos encontramos con una multiplicación juvenil, resulta evidente que el Zócalo es un lugar donde los turistas y los transeúntes parecen recrear un espacio artificioso y articulado según parámetros ajenos. Podría creerse, en consecuencia, que la verdadera ciudad está en ese espacio juvenil y lleno de vida, donde (al menos en apariencia) la tensión violenta parece estar controlada y localizada, frente al Zócalo, un lugar propicio para que un turista pueda ser atracado, o donde su gente parece simplemente estar de paso. Pero esta realidad es sólo una percepción, porque el Centro Histórico tiene una conformación que aún es lo bastante rica para encontrar los elementos complejos de una ciudad; quizá se trate de un lugar donde la calle asume usos múltiples en función de diferentes parámetros, donde transitar es el más visible, pero no el único. Por su parte, en Coyoacán la realidad es más unívoca, más plana, a pesar de sus apariencias.

Es evidente que la mirada del antropólogo no es la del simple turista, porque se basa en una sospecha que privilegia el hecho de mirar frente al de ver, el de comprender frente al de estar. Pero también hay diferencias en cómo contamos al mundo nuestra relación con el sitio, convirtiendo la impresión en real, intentando desentrañar una experiencia en algo significativo. Para el antropólogo, como para el turista, es importante reseñar en primera estancia —y a lo Geertz— que se estuvo allí, pero la diferencia más evidente es que se toma como significativo en función de otros intereses. En última instancia, ¿qué es significativo, o lo bastante reseñable de esta enorme ciudad para que, de forma resumida, pueda contar mi estancia? Los antropólogos sabemos bien que las sociedades muestran ciertos rasgos culturales a los que dan una fuerza superior sobre otros. Encontrar estos elementos no es ni fácil ni rápido, por lo que en un viaje académico (y el trabajo de campo no deja de ser eso mismo), por largo que sea, no se puede contar con que se encuentren dichos rasgos. Aun así hay que decidir qué se cuenta a los demás sobre un viaje, y aún más cuando parte del ejercicio del viaje consiste en el regreso y en relatarlo.

Estas preguntas, seguramente cargadas de retórica, para mí, como antropólogo, resultan determinantes. En efecto, aunque la pretensión es contar lo todo de todo (el holismo), explicar incluso el más allá de la realidad, lo cierto es que uno elige opciones en su trabajo, y en el trabajo antropológico se termina por mostrar una realidad frente a otras. Además, se debe optar por cómo se cuenta. Todo ello da como resultado un cierto ejercicio de ficción,

que está determinado fundamentalmente por tres ejes: a qué se ha podido/querido/sabido enfrentar en el ejercicio de participar/observar a/con los otros, para qué se realiza dicha observación y, por último, quién es nuestro público objetivo/real. Estos tres ejes dan algunas combinaciones diferentes de lo que llamamos ficción, esa forma concreta de creatividad en que representamos la realidad en forma retórica, narrativa e interesada. En última instancia, todo esto tiene mucho que ver con la inmersión del etnógrafo en su trabajo de campo y cómo toma o deja de tomar de forma creativa lo que hace. Por lo tanto, y siguiendo estas ideas, mi intento de autoetnografía está en lo que Krizek [1998:93] denomina nuestra experiencia de vida. Es decir, que mientras los antropólogos han escrito generalmente atendiendo a los intereses de sus respectivas academias, siendo la voz conservadora de la ciencia, la autoetnografía es nuestra experiencia de vida cuando escribimos ciencia. Esto, obviamente, supone devoción al trabajo de campo, autoreflexividad y emoción.

Mi pregunta toma un doble significado cuando observamos que la búsqueda de esa realidad que es la ciudad de México no se puede captar en una imagen. Por alguna razón, antes de que surgiera en mí la intención de hacer este trabajo y cuando la pregunta que me hago sobre qué contar y cómo hacerlo, acerca de mi estancia en México, era sólo parte de las reflexiones infinitas de ese diario que toma a veces la forma de diario de campo, ocurrió lo inevitable cuando se habla de la ciudad de México, lo cual es, en cierta medida, el arranque del libro *Los rituales del caos*, de Carlos Monsiváis [1995:17-18] cuando se plantea a grandes rasgos la misma pregunta; claro que él se la plantea con su tono de columnista, por lo que asume otro punto de vista: *¿qué fotos tomaría usted en la ciudad interminable?* Claro que su contestación y propuesta son distintas a las que hago yo; él, en cierta medida, mantiene una obsesión típica de los ciudadanos de esa ciudad: la aglomeración, la masificación, la pérdida de individualidad, la metonimia cultural. Como consecuencia, Carlos Monsiváis propone que la ciudad se concentra en esas multitudes aglomeradas que se dan lugar en el Metro, en el examen de entrada en la universidad, que se realiza en el Estadio Olímpico, en la muchedumbre de las aceras, en la Basílica de Guadalupe o en los embotellamientos eternos que se producen casi en cualquier calle a cualquier hora. Yo no podía estar más de acuerdo, pero, aunque parezca extraño, Carlos Monsiváis termina por concebir la misma idea que otros que se encuentran con la ciudad: la entienden como un espacio geográfico del cual se pueden hacer mapas, de ahí la aglomeración o el reconocimiento de ciertos elementos en la ciudad/arquitectura.

Por el contrario, la ciudad y México, D. F. también, se encuentra en múltiples planos a la vez. Sin duda la aglomeración es un factor que tiene que ser explicado, pero la ciudad no se encuentra ahí, sino más bien en sus fronteras, en sus planos superpuestos, en sus territorios multi-interpretados, en definitiva, en su enorme porosidad [Amendola, 2000:102-109]. A fin de cuentas, la ciudad de México está en sus intersticios. Y éstos sólo pueden ser encontrados en la sorpresa de la movilidad que brinda pasear por sus calles sin un itinerario demasiado marcado. Quizás Susan Otto lo expresa de la mejor manera cuando reivindica la creación artística y experimental de la ciudad haciéndola líquida, transparente, el lugar donde hemos de ser exploradores y cazadores en fronteras simultáneas:

La crisis es verdadera. Un laberinto residencial desborda la base de un centro urbano hinchado. Cuerpos en proximidad inmediata. Progreso. Fortificado del ataque enemigo. Desorientación. Laberintos de avenidas embotelladas y de viviendas de recambio. La tecnología se produce con los desechos y la ingeniosidad de la basura. Ideas y manos. La arquitectura del caos. Sin un centro para la referencia, cada punto discreto se entiende solamente en lo referente a otros: intersecciones, fricción, canciones. Los habitantes urbanos no localizan el significado en los mapas de calles y pasan de largo por las trayectorias medidas por el asfalto. La lógica ha estallado para alcanzar puntos infinitos en el momento exacto de la especificidad [Otto, 2001].

Siguiendo estas ideas, la propuesta, en cierta medida, es que habría que abordar la ciudad en la multitud de planos a que da lugar. Así, lo normal es ir a una cosa y descubrir una tercera, sorprenderse con esa misma cosa y, a la hora de la verdad, ver que es de lo más normal. En este sentido, sin que yo mismo me proponga como imbuido de su cultura, sí he podido reflexionar sobre ellos cuando los observo a través de mi etnografía. Así pues, podemos decir que eran cuatro los planos básicos que me relacionaban con esta ciudad: el primero, el de la residencia (dónde vivo); el segundo, el de mi trabajo académico (dónde, por qué y cómo); el tercero, mi vida respecto a la oferta cultural (cómo planifico mi ocio); y, en último lugar, qué realizo en mi actividad directa como turista/antropólogo (como persona cargada de historia y de prejuicios, de valores y sinrazones). En apariencia estas dos últimas opciones son la misma, pero hay que diferenciar entre los elementos que forman parte de la vida de la ciudad y los otros que están creados únicamente para los turistas.

Es evidente que en México hay actividades fundadas *ex profeso* para los turistas, manifestaciones de carácter folklórico, artesanías y productos monumentales que representan el tópico más fácil y simplón de la realidad mexicana. No es mi interés entrar en este tema ahora, pero sí dejar constancia de que, de cualquier manera, la ciudad tiende a tener esos dos planos, el de ser una ciudad que está hecha sólo para la aglomeración de su gente y, por otra parte, la compra fácil del turista. Pero lo interesante cuando uno hace trabajo de campo en una ciudad como ésta, es que no se pueden, ni se deben, desligar ambos planos de la realidad. La Ciudadela, por ejemplo, parece estar construida *ad hoc* para turistas, pero también se le obliga al turista a pasar por una zona donde sólo existen vendedores que ofrecen productos y servicios muy imbuidos en la cultura mexicana contemporánea.

Es evidente que la idea de turista se rompe cuando es incluido en un espacio normalizado, pero también se hace parecer que la zona que tiene algo de extraordinario. En efecto, durante mi acercamiento a la ciudad de México realizaba actividades que me exigían tomar decisiones sobre mi itinerario y, en última instancia, todas parecían tener en común la gran cantidad de desplazamientos que tenía que hacer, puesto que generalmente hacía mis recorridos utilizando el Metro, lo cual suponía entrar en conglomerados humanos más o menos masificados. En cualquier otra situación en la que tenía que tomar una decisión, mi encuentro con la ciudad era siempre diferente y mis recorridos casi no tenían diferencias entre hacer una cosa y otra, pues la realidad es que la ciudad se revelaba constantemente como un enorme lugar donde falta espacio.

Quizá esta visión de una enorme diferenciación de las vivencias se daba cuando me enfrentaba a la oferta cultural. En este punto, que ocupaba gran parte de mi vida en la ciudad de México, sin duda hay que diferenciar entre aquello que se oferta y aquello a lo que realmente se puede ir. Como ya he dicho antes, la distancia/tiempo no me permitía acudir a muchas cosas que seguramente estaban en mi agenda o en la agenda de la ciudad. En este sentido, ante las enormes posibilidades que ofrece la ciudad, ésta termina por delimitar una serie de zonas/objetos a visitar: la casa de Trotski, la de Frida Kahlo y Diego Rivera, la Plaza del Zócalo, el mercado de la Ciudadela, la Plaza de las Tres Culturas o el Museo Nacional de Antropología. No es que al visitante se le cierren las puertas de otros lugares, sino que simplemente se termina por simplificar la ciudad con tópicos, ante todas las posibilidades que ésta ofrece. Pero, además, la ciudad tiende a multiplicarse en otros

aspectos: la enorme oferta gastronómica, visitar a los amigos, salir a hacer compras (sobre todo de libros), tomar café en algunos lugares especiales, o simplemente para acudir al cine o al teatro.

Sin duda que en este sentido la ciudad se comporta, de alguna manera, como uno esperaría de antemano. La cuestión está en encontrar a sus ciudadanos entre este enorme conglomerado de oportunidades, lo que, obviamente, incluye a cientos de personas alrededor, o incluso proponer dónde está la ciudad que uno quiere contar a su regreso, más allá de los simples tópicos, que, si bien pueden ser poderosos aliados para recorrer la ciudad, son sólo ejercicios de traspaso, no de encuentro con la ciudad. Para ello quizá sea preciso comprender otros elementos: primero, que la ciudad se encuentra en esa misma fascinación por la aglomeración, segundo, en su enorme movilidad, y, tercero, que nos encontramos ante un territorio (sin una función única, y más bien con muchos sentidos). Así pues, los espacios, como medidas, se dislocan en los paseos, y en las rutinas del movimiento pasan de ser enormes a ser realmente pequeños. Esto constituye un juego ritual donde todo está en relación con todo y, a su vez, nadie parece reconocer a nadie.

La ciudad de México es esa extraña suerte llevada a su experimentalidad. Es la experiencia de vivirla, de llenarla, y puede parecer que sólo es eso, pero también es una encrucijada en la modernidad. La ciudad, vista así, es un excepcional *performance*, y su visualización es un enrarecido *patchwork* realizado con los trozos que dejan las estelas de la gente al ir de un lugar a otro. La ciudad hay que verla en sus intersticios y, en ese sentido, esta ciudad parece revelarse en los lugares más cercanos y menos visibles, en aquellos sitios en los que parece obligatorio pararse por un segundo a la mitad del deambular ciudadano: en los semáforos, en los puestos callejeros, ante los escaparates, ante los gritos de los meseros que proclaman las virtudes de su cocina y sus productos o, cómo no, entre las prostitutas que buscan a su próximo cliente, o en el juego del carterista y el policía que esperan pacientemente a su próxima víctima. Sin duda que en una ciudad que se revela tan interesante, tan llena de vida, lo de menos es cómo se revela su geografía urbana o cómo es su arquitectura; lo importante es cómo podemos convivir con sus habitantes.

BIBLIOGRAFÍA

Amendola, Giandomenico

2000 *La ciudad postmoderna*, Madrid, Celeste.

Augé, Marc

1987 *El viajero subterráneo*, Buenos Aires, Gedisa.

Castells, Manuel

1995 *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y proceso urbano-regional*, Madrid, Alianza.

Charmaz, Kathy y Richard Mitchell

1997 "The Myth of Silent Authorship: Self, Substance, and Style in Ethnographic Writing", en Hertz, R. (ed.), *Reflexivity and Voice*, Londres, Sage, pp. 193-215.

Coffey, Amanda

1999 *The Ethnographic Self*, Londres, Sage.

Davis, Mike

1992 *City of Quartz*, Nueva York, Vintage.

Delgado, Javier

1994 "Las nuevas periferias de la ciudad de México", en Hiernaux, D. y F. Tomas (comps.), *Cambios económicos y periferia de las grandes ciudades*, México, UAM, IFAL, pp. 106-124.

Delgado, Manuel

1999 *El animal público*, Anagrama, Barcelona.

Ellis, Carolyn

1999 "Heartful Autoethnography", en *Qualitative Health Research*, vol. 9, núm. 5, pp. 669-683.

Feixa, Carles

2002 "Diario de asfalto. Reflexiones sobre un trabajo de campo en México", en Téllez, A. (coord.), *Técnicas de investigación en antropología. Experiencias de campo*, Elche, Universidad Miguel Hernández, pp. 111-131.

García Canclini, Néstor

1989 "La desintegración de la ciudad de México y el debate sobre culturas urbanas", en García Canclini, N. (coord.), *De lo local a lo global. Perspectivas desde la antropología*, México, UAM, pp. 15-37.

García Canclini, Néstor (coord.)

1998 *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, México, UAM/Grijalbo.

Giglia, Ángela

1998 "Vecinos e instituciones. Cultura ciudadana y gestión del espacio compartido", en García Canclini, N. (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, México, UAM/Grijalbo, pp. 133-181.

Gordon, Sara

1998 "Pobreza y patrones de exclusión social en México", en *Programa sobre las instituciones laborales y desarrollo*, núm. 92 (en <http://www.ilo.org/public/spanish/bureau/inst/papers/1997/dp92/>).

Krizek, Robert L.

1998 "Lessons: What the Hell Are We Teaching the Next Generation Anyway?", en Banks, A. y S. Banks (eds.), *Fiction and Social Research: By Ice or Fire*, Londres/Nueva York, Altamira, pp. 89-113.

Marcuse, Peter y Ronald van Kempen (eds.)

2000 *Globalizing Cities, A new Spatial Order?*, Oxford, Blackwell Publishers.

Monnet, Jerome

1995 *Usos e imágenes del Centro Histórico de la ciudad de México*, México, DDF, CEMC.

Monsiváis, Carlos

1995 *Los rituales del caos*, México, Era.

Nieto, Raúl

1998 "Experiencias y prácticas sociales en la periferia de la ciudad", en García Canclini, N. (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, México, UAM/Grijalbo, pp. 235-277.

Nieto, Raúl y Eduardo Nivón

1993 "Etnografía, ciudad y modernidad: hacia una visión de la metrópoli desde la periferia urbana", en *Alteridades*, vol. 3, núm. 5, pp. 69-77.

Nivón, Eduardo

1998 "Las nuevas periferias de la ciudad de México", en García Canclini, N. (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, México, UAM/Grijalbo, pp. 205-233.

Otto, Susan

2001 "Manifiesto for a Virtual Favela", en *Switch*, núm. 15 (en <http://switch.sjsu.edu/v6n2/articles/otto.html>).

Parnreiter, Christof

1998 "La ciudad de México: ¿Una ciudad global?", en *Anuario de Espacios Urbanos*, núm. 5, pp. 19-52.

2000 "La ciudad de México en la red de ciudades globales: Resultados de un análisis y una agenda para una futura investigación", en *Anuario de Espacios Urbanos*, núm. 7, pp. 189-216.

Reyes Mantecón, Guadalupe y Ana M. Rosas

1993 "Los usos del pasado: tres momentos en la lucha por el espacio en el centro histórico de la ciudad de México", en Estrada, M., R. Nieto, E. Nivón, M. Rodríguez (comps.), *Antropología y ciudad*, México, CIESAS/UAM, pp. 297-319.

Signorelli, Amalia

1999 *Antropología urbana*, Barcelona, Anthropos / UAM.

Sparkes, Andrew

2000 "Autoethnography and Narratives of Self: Reflections on Criteria in Action", en *Sociology of Sport Journal*, núm. 17, pp. 21-43.

2002a "Autoethnography: Self-Indulgence or Something More", en Ellis, C. y A. P. Bochner (eds.), *Ethnographically Speaking: Autoethnography, Literature, and Aesthetics*, Londres / Nueva York, Altamira, pp. 209-232.

2002b "Fictional Representations: On Difference, Choice, and Risk", en *Sociology of Sport Journal*, núm. 19, pp. 1-24.

Tamayo, Sergio

1999 *Los veinte octubres mexicanos. Ciudadanías e identidades colectivas*, México, UAM.

2001 "Archipiélagos de la modernidad urbana. Arquitecturas de la globalización en la ciudad de México", en *Anuarios de espacios urbanos*, núm. 6.

Tamayo, Sergio y Kathrin Wildner

2002 "Lugares de globalización: una comprensión arquitectónica y etnográfica de la ciudad de México", en *Memoria*, núm. 156.

Terrazas Revilla, Oscar

2000 "Las nociones de centro en la ciudad global", en *Anuario de espacios urbanos*, núm. 7, pp. 125-142.

Ward, Peter

1991 *México: una megaciudad*, México, Alianza / CNCA.

